

Dino Buzzati

El desierto de los tártaros



La fascinación que desde su aparición en 1940 ha despertado *El desierto de los tártaros*, la más célebre novela de Dino Buzzati, proviene del paisaje formal de la fábula que narra, no de su significación oculta. Con todo, la historia del oficial Giovanni Drogo, destinado a una fortaleza fronteriza sobre la que pende una amenaza aplazada e inconcreta, pero obsesivamente presente, se halla cargada de resonancias que la conectan con algunos de los más hondos problemas de la existencia: la seguridad como valor contrapuesto a la libertad, la progresiva resignación ante el estrechamiento de las posibilidades vitales de realización, la frustración de las expectativas de hechos excepcionales que cambien el sentido de la existencia.

Podemos conocer a los antiguos, podemos conocer a los clásicos, podemos conocer a los escritores del siglo XIX y a los del principio del nuestro, que ya declina. Harto más arduo es conocer a los contemporáneos. Son demasiados y el tiempo no ha revelado aún su antología. Hay, sin embargo, nombres que las generaciones venideras no se resignarán a olvidar. Uno de ellos es, verosíblemente, el de Dino Buzzati.

*Buzzati nació en 1906 en la antigua ciudad de Belluno, cerca del Véneto y de la frontera con Austria. Fue periodista y se entregó después a la literatura fantástica. Su primer libro, *Bàrnabo delle montagne*, data de 1933; el último, *I miracoli di Val Morel*, de 1972, el año de su muerte. Su vasta obra, no pocas veces alegórica, exhala angustia y magia. El influjo de Poe y de la novela gótica ha sido declarado por él. Otros han hablado de Kafka. ¿Por qué no aceptar sin desmedro alguno de Buzzati, ambos ilustres magisterios?*

Este libro, que es acaso su obra maestra y que ha inspirado un hermoso film de Valerio Zurlini, está regido por el método de la postergación indefinida y casi infinita, caro a los eleatas y a Kafka. El ámbito de las ficciones de Kafka es deliberadamente gris y mediocre y sabe a burocracia y a tedio. Tal no es el caso de esta obra. Hay una víspera, pero es la de una enorme batalla, temida y esperada. Dino Buzzati, en estas páginas, retrotrae la novela a la epopeya, que fue su manantial. El desierto es real y es simbólico. Está vacío y el héroe espera muchedumbres.

JORGE LUIS BORGES

I

Nombrado oficial, Giovanni Drogo partió una mañana de septiembre de la ciudad para dirigirse a la fortaleza Bastiani, su primer destino.

Mandó que le despertaran cuando todavía era de noche y vistió por primera vez el uniforme de teniente. Cuando acabó, se miró en el espejo a la luz de una lámpara de petróleo, aunque sin encontrar la alegría que había esperado. En la casa había un gran silencio, se oían solo pequeños ruidos en una habitación vecina: su madre estaba levantándose para despedirlo.

Era el día esperado desde hacía años, el principio de su verdadera vida. Pensaba en los días sórdidos de la Academia Militar, recordó las amargas tardes de estudio cuando oía pasar fuera, por las calles, la gente libre y presumiblemente feliz, los despertares invernales en los dormitorios helados, donde se estancaba la pesadilla de los castigos. Se acordó de la angustia de contar uno por uno los días, que parecían interminables.

Ahora era por fin oficial, ya no tenía que consumirse sobre los libros ni temblar con la voz del sargento, y, sin embargo todo eso había pasado. Todos aquellos días, que le habían parecido odiosos, se habían consumido para siempre, formando meses y años que nunca se repetirían. Sí, ahora era un oficial, tendría dinero, las mujeres hermosas quizá lo mirarían, pero en el fondo —se dio cuenta Giovanni Drogo— el tiempo mejor, la primera juventud, probablemente había acabado. Así, Drogo miraba fijamente el espe-

jo, veía una cansada sonrisa en su rostro, al que en vano había tratado de amar.

¡Qué contrasentido! ¿Por qué no lograba sonreír con la obligada despreocupación mientras se despedía de su madre? ¿Por qué ni siquiera se fijaba en sus últimas recomendaciones y llegaba solamente a percibir el sonido de aquella voz, tan familiar y humana? ¿Por qué daba vueltas por el dormitorio con inútil nerviosismo, sin conseguir encontrar el reloj, la fusta, la gorra, que se encontraban, sin embargo, en su sitio? ¡Desde luego no partía a la guerra! Decenas de tenientes como él, sus ex camaradas, dejaban a esa misma hora la casa paterna entre alegres carcajadas, como si fueran a una fiesta. ¿Por qué no le salían de la boca, con destino a su madre, sino frases genéricas vacías de sentido, en lugar de cariñosas y tranquilizadoras palabras? La amargura de dejar por primera vez la vieja casa, donde había nacido a las esperanzas, los temores que entraña todo cambio, la emoción de despedirse de su madre, llenaban su ánimo, sí, pero sobre todo eso pesaba una insistente idea, que no conseguía identificar, como un vago presentimiento de cosas fatales, como si estuviera a punto de iniciar un viaje sin retorno.

Su amigo Francesco Vescovi lo acompañó a caballo durante el primer trecho de camino. Los cascos de los animales resonaban en las calles desiertas. Alboreaba, la ciudad aún estaba inmersa en el sueño; aquí y allá, en los últimos pisos, se abrían algunas persianas, aparecían caras cansadas, apáticos ojos miraban un momento el maravilloso nacimiento del sol.

Los dos amigos no hablaban. Drogo pensaba en cómo sería la fortaleza Bastiani, pero no conseguía imaginarla. Ni siquiera sabía con exactitud dónde se encontraba, ni cuánto camino tendría que recorrer. Alguien le había hablado de una jornada a caballo, otros de menos; nadie había estado allí, en realidad, de a quienes había preguntado.

A las puertas de la ciudad Vescovi empezó a hablar vivazmente de cosas normales, como si Drogo fuera de paseo. Después, en cierto momento:

—¿Ves aquel monte herboso? Sí, ese mismo. ¿Ves una construcción en la cima? —decía—. Es ya una parte de la Fortaleza, un reducto avanzado. Pasé por allí hace dos años, lo recuerdo, con mi tío, yendo de caza.

Habían salido ya de la ciudad. Comenzaban los campos de maíz, los prados, los rojos bosques otoñales. Por la carretera blanca, azotada por el sol, avanzaban uno al lado del otro. Giovanni y Francesco eran amigos, habían vivido juntos muchos años, con las mismas pasiones, las mismas amistades; siempre se habían visto día tras día, después Vescovi se había enriquecido; Drogo, en cambio, se había hecho militar y ahora notaba cuán lejos estaba del otro. Toda aquella vida fácil y elegante ya no le pertenecía, le esperaban cosas graves y desconocidas. Su caballo y el de Francesco —le parecía— tenían ya una andadura distinta, un trote, el suyo, menos ligero y vivo, como un fondo de ansia y fatiga, como si también el animal notase que la vida estaba a punto de cambiar.

Habían llegado a lo alto de una cuesta. Drogo se volvió a mirar la ciudad a contraluz; de los tejados se alzaban humos matutinos. Vio de lejos su casa. Identificó las ventanas de su cuarto. Probablemente las hojas estaban abiertas, las mujeres estaban ordenando. Habrían deshecho la cama, encerrado en un armario los objetos, y después atrancado las contraventanas. Durante meses y meses nadie entraría allí, salvo el paciente polvo y, en los días de sol, tenues franjas de luz. El pequeño mundo de su niñez quedaba encerrado en la oscuridad. Su madre lo conservaba así para que él, al regresar, volviera a encontrarse de nuevo, para que pudiera allí dentro seguir siendo un muchacho, incluso tras larga ausencia. Oh, desde luego, ella se hacía la ilusión de poder conservar intacta una felicidad desaparecida para siempre, de contener la huida del tiempo, de que al abrir

de nuevo puertas y ventanas al regreso del hijo las cosas volverían a ser como antes.

Su amigo Vescovi se despidió cariñosamente de él y Drogo continuó solo por la carretera, acercándose a las montañas. El sol caía a plomo cuando llegó a la entrada del valle que conducía a la Fortaleza. A la derecha, en lo alto de un monte, se veía el reducto que Vescovi le había señalado. No parecía que quedase aún mucho camino.

Ansioso por llegar, Drogo, sin pararse a comer, espoleó su caballo, ya cansado por el camino, que se volvía empinado y encajonado entre escarpadas laderas. Los encuentros eran cada vez más raros. Giovanni le preguntó a un carretero cuánto tiempo faltaba para llegar a la Fortaleza.

—¿La fortaleza? —respondió el hombre—. ¿Qué fortaleza?

—La Fortaleza Bastiani —dijo Drogo.

—Por aquí no hay fortalezas —dijo el carretero—. Nunca he oído hablar de ellas.

Evidentemente estaba mal informado. Drogo reanudó su camino y advirtió una sutil inquietud a medida que avanzaba la tarde. Escrutaba los altísimos bordes del valle para descubrir la Fortaleza. Se imaginaba una especie de viejo castillo con vertiginosas murallas. Con el paso de las horas, se convencía cada vez más de que Francesco le había dado una información errada; el reducto indicado por él ya debía haber quedado muy atrás. Y se acercaba la noche.

Miradlos, a Giovanni Drogo y su caballo, qué pequeños sobre el flanco de unas montañas que cada vez resultaban más grandes y salvajes. Él sigue subiendo para llegar a la Fortaleza de día, pero más ligeras que él, desde el fondo, donde retumba el torrente, más ligeras que él suben las sombras. En cierto momento se encuentran justamente a la altura de Drogo en la vertiente opuesta de la garganta, parecen disminuir su carrera por un instante, como para no desalentarlo, después se deslizan hacia arriba por riscos y peñascos, y el jinete se ha quedado debajo.

Todo el valle estaba ya lleno de tinieblas violeta, solo las desnudas crestas herbosas, a increíble altura, estaban iluminadas por el sol, cuando Drogo se encontró repentinamente ante una construcción militar que parecía antigua y desierta, negra y gigantesca contra el purísimo cielo de la tarde. Giovanni sintió latir su corazón, ya que esa debía de ser la Fortaleza, aunque todo, desde los muros al paisaje, exhalaba un aire inhóspito y siniestro.

Dio vueltas a su alrededor sin encontrar la entrada. Aunque ya estaba oscuro, no había ninguna ventana encendida, ni se divisaban luces de centinelas en el borde de los murallones. Solo había un murciélago, que oscilaba contra una nube blanca. Al final Drogo probó a llamar:

—¡Eh! —gritó—. ¿No hay nadie?

De la sombra acumulada al pie de las murallas surgió entonces un hombre, una especie de vagabundo o de mendigo, de barba gris y con un pequeño saco en la mano. Pero en la penumbra no se distinguía bien, solo el blanco de sus ojos lanzaba reflejos. Drogo lo miró con agradecimiento.

—¿Qué buscas, señor?

—Busco la Fortaleza. ¿Es esta?

—Aquí ya no hay fortaleza —dijo el desconocido con voz bonachona—. Está todo cerrado, hará unos diez años que no hay nadie.

—¿Y dónde está la Fortaleza, entonces? —preguntó Drogo, de repente irritado con aquel hombre.

—¿Qué fortaleza? ¿Aquella, quizá? —y hablando así el desconocido extendía un brazo, como señalando algo.

Por una hendidura de las rocas próximas, ya recubiertas por la oscuridad, detrás de una caótica escalinata de crestas, a distancia incalculable, inmerso aún en el rojo sol del ocaso, como salido de un encantamiento, Giovanni Drogo vio entonces un desnudo cerro y en la cima una tira regular y geométrica, de un especial color amarillento: el perfil de la Fortaleza.

¡Oh, cuán lejana aún! Quién sabe cuántas horas de camino, y su caballo estaba ya agotado. Drogo la miraba fascinado, se preguntaba qué podría haber de deseable en aquella solitaria ciudadela, casi inaccesible, tan separada del mundo. ¿Qué secretos escondía? Pero eran los últimos instantes. Ya el último sol se apartaba lentamente del remoto cerro y por los amarillos bastiones irrumpían las lívidas ráfagas de la noche que caía.

II

La oscuridad lo alcanzó aún de camino. El valle se había estrechado y la Fortaleza había desaparecido detrás de las montañas vecinas. No había luces, ni siquiera gritos de aves nocturnas, solo de vez en cuando llegaba un sonido de aguas lejanas.

Probó a llamar, pero los ecos le devolvieron su voz con un timbre hostil. Ató el caballo a un tocón de árbol al borde del camino, donde habría podido encontrar hierba. Se sentó allí; con la espalda apoyada en el talud esperó que llegase el sueño, y mientras tanto pensaba en el camino que le quedaba, en la gente que encontraría en la Fortaleza, en la vida futura, sin reconocer ningún motivo de gozo. El caballo golpeaba a intervalos con los cascos sobre el terreno de un modo antipático y extraño.

De madrugada, al reanudar el camino, advirtió que en la vertiente opuesta del valle, a la misma altura, había otra carretera, y poco después distinguió algo que se movía por ella. El sol aún no había llegado hasta allá abajo y las sombras se adensaban en las curvas, impidiendo ver bien. Sin embargo, apresurando el paso, Drogo consiguió ponerse a la misma altura y comprobó que era un hombre: un oficial a caballo.

Un hombre como él, por fin; una criatura amiga con quien podría reír y bromear, hablar de la próxima vida en común, de caza, de mujeres, de la ciudad. De la ciudad que ahora le parecía a Drogo relegada a un mundo lejanísimo.

Según se estrechaba el valle, los dos caminos se acercaban, y Giovanni Drogo vio que el otro era un capitán. Al principio no se atrevió a gritar, habría parecido inútil y poco respetuoso. Saludó, en cambio, varias veces, llevándose la diestra a la gorra, pero el otro no respondía. Evidentemente, no se había fijado en Drogo.

—¡Mi capitán! —gritó por fin Drogo, dominado por la impaciencia. Y saludó de nuevo.

—¿Qué pasa? —respondió una voz desde el otro lado.

El capitán, parándose, había saludado con corrección y ahora le preguntaba a Drogo la razón de aquel grito. No había en su pregunta ninguna severidad, pero se notaba que el oficial estaba sorprendido.

—¿Qué pasa? —resonó de nuevo la voz del capitán, esta vez levemente irritada.

Giovanni se detuvo, hizo bocina con las manos y respondió con todo resuello:

—¡Nada! ¡Deseaba saludarlo!

Era una explicación estúpida, casi ofensiva, porque podía hacer pensar en una broma. Drogo se arrepintió de ella inmediatamente. ¿En qué ridículo lío había ido a meterse, y todo porque era incapaz de bastarse a sí mismo?

—¿Quién es? —gritó de rebote el capitán.

Era la pregunta temida por Drogo. Aquella extraña conversación, de un lado a otro del valle, iba asumiendo así el tono de un interrogatorio jerárquico. Desagradable comienzo, puesto que era probable, si no seguro, que el capitán fuese alguien de la Fortaleza. En cualquier caso, era preciso responder.

—¡Teniente Drogo! —gritó Giovanni para presentarse.

El capitán no lo conocía, con toda probabilidad no podía entender el nombre a aquella distancia, pero pareció calmarse, ya que reanudó su camino haciendo un gesto de inteligencia, como diciendo que dentro de poco se encontrarían. Y, en efecto, media hora después, en un estrecha-

miento de la garganta, apareció un puente. Los dos caminos se unían en uno.

En el puente se encontraron los dos. Sin bajar del caballo, el capitán se acercó a Drogo y le tendió la mano. Era un hombre de unos cuarenta años o quizá más, de rostro seco y señorial. Su uniforme era de corte tosco, pero perfectamente en regla.

—Capitán Ortiz —se presentó.

Estrechándole la mano, a Drogo le pareció entrar por fin en el mundo de la Fortaleza. Aquel era el primer lazo, y después vendrían otros innumerables de todo género, que lo encerrarían en ella.

El capitán reanudó sin más el camino; Drogo lo siguió, a su lado, algo detrás por respeto jerárquico, y esperaba alguna desagradable alusión al embarazoso coloquio de poco antes. Pero el capitán callaba, quizá no tenía ganas de hablar, quizá era un tímido y no sabía por dónde empezar. Como el camino era empinado y calentaba el sol, los dos caballos avanzaban despacio.

Por fin el capitán Ortiz dijo:

—No he entendido su nombre hace poco, a esa distancia. ¿Droso, creo?

Giovanni respondió:

—Drogo, con G, Giovanni Drogo. También usted, mi capitán, debe disculparme por haberlo llamado hace poco. ¿Sabe? —añadió embrollándose—, a través del valle no había visto su grado.

—Efectivamente, no se podía ver —admitió Ortiz, renunciando a desmentirlo, y se rio.

Cabalgaron así un ratito, un poco turbados ambos. Después Ortiz dijo:

—Entonces, ¿adónde se dirige?

—A la Fortaleza Bastiani. ¿No es este el camino?

—Sí, efectivamente.

Callaron, hacía calor, siempre montañas por todas partes, gigantescos montes herbosos y salvajes.

Ortiz dijo:

—¿De modo que usted viene a la Fortaleza? ¿Trae quizá un mensaje?

—No, mi capitán, voy a entrar en servicio; me han destinado.

—¿Destinado por el escalafón?

—Creo que sí, de plantilla, primer servicio.

—De modo que de plantilla, claro... Bien, bien, entonces... reciba mis felicitaciones.

—Gracias, mi capitán.

Callaron y siguieron adelante un poco más. Giovanni tenía una gran sed, una cantimplora de madera colgaba de la silla del capitán y se oía el agua que hacía chac, chac en su interior.

Ortiz preguntó:

—¿Por dos años?

—Perdone, mi capitán... ¿por dos años?

—Digo por dos años, si hará el consabido turno de dos años, ¿no?

—¿Dos años? No sé, no me han dicho el tiempo.

—Oh, está claro, dos años; todos ustedes, tenientes recién nombrados, dos años y después se van.

—¿Son normales los dos años para todos?

—Dos años, claro, valen cuatro para la antigüedad, eso es lo que les importa; si no, nadie lo pediría. Bueno, con tal de hacer carrera pronto, uno se acostumbra incluso a la Fortaleza, ¿no?

Drogo nunca lo había sabido, pero no quiso parecer un tonto; intentó una frase ambigua:

—Claro que muchos...

Ortiz no insistió, pareció que el tema no le interesaba. Pero ahora que el hielo se había roto, Giovanni probó a preguntar:

—¿Y la antigüedad en la Fortaleza es doble para todos?

—¿Para qué todos?

—Para los otros oficiales, decía.

Ortiz se rio:

—¡Ya, para todos! ¡Figúrese! Solo para los subalternos, claro, si no, ¿quién pediría venir?

Drogo dijo:

—Yo no lo he pedido.

—¿No lo ha pedido?

—No, mi capitán; solo hace dos días que he sabido que estaba destinado en la Fortaleza.

—Bueno, es raro, efectivamente.

Callaron de nuevo, cada uno parecía pensar en cosas distintas. Pero Ortiz dijo:

—A menos que...

Giovanni se sobresaltó:

—A sus órdenes, mi capitán.

—Decía, a menos que no hubiera ninguna otra petición, y entonces lo han destinado de oficio.

—¿Puede ocurrir eso, mi capitán?

—Claro, debe ser eso, efectivamente.

Drogo miraba la sombra neta de los dos caballos sobre el polvo del camino, las cabezas que hacían sí, sí a cada paso; sentía su cuádruple pisoteo, algún zumbar de moscardones y nada más. No se veía el final de la carretera. De vez en cuando, en una curva del valle, se divisaba enfrente, altísimo, cortado en escarpadas cuevas, el camino que trepaba en zigzag. Se llegaba allá, se miraba de nuevo hacia arriba, y allí estaba enfrente la carretera, cada vez más alta.

Drogo preguntó:

—Disculpe, mi capitán...

—Diga, diga lo que quiera.

—¿Falta aún mucho camino?

—No mucho, quizá dos horas y media, o incluso tres a este paso. Quizá para mediodía estemos allí, efectivamente.

Callaron durante un trecho; los caballos estaban completamente sudados; el del capitán estaba cansado, arrastraba las patas.

Ortiz dijo:

—¿Viene de la Academia Real, no?

—Sí, mi capitán, de la Academia.

—Ya... Dígame: ¿está aún el coronel Magnus?

—¿Coronel Magnus? No creo, no lo conozco.

El valle ahora se estrechaba, cerrando el paso a los rayos del sol. Sombrías gargantas laterales se abrían de vez en cuando, de ellas bajaban vientos gélidos, en la cumbre se divisaban abruptísimos montes en forma de cono; se habría dicho que no bastaba con dos o tres días para alcanzar las cumbres, tan altas parecían.

Ortiz dijo:

—Dígame, teniente: ¿está aún el comandante Bosco? ¿Da aún clase de tiro?

—No, señor, no creo; está Zimmermann, el comandante Zimmermann.

—Ya, Zimmermann; efectivamente, he oído hablar de él. El caso es que han pasado muchos años desde mis tiempos a ahora... Habrán cambiado todos ya.

Ambos pensaban ahora en algo. La carretera había salido de nuevo al sol, unas montañas sucedían a otras, ahora más pendientes y con algunas paredes de roca.

Drogo dijo:

—Ayer la vi de lejos.

—¿Qué? ¿La Fortaleza?

—Sí, la Fortaleza —hizo una pausa, y después, para mostrarse amable—: debe de ser grandiosa, ¿no? Me pareció inmensa.

—¿Grandiosa la Fortaleza? No, no, es una de las más pequeñas, una construcción viejísima; solo de lejos hace cierto efecto.

Calló un momento, agregó:

—Viejísima, completamente superada.